ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL PORVENIR QUE NOS AGUARDA [1]

Esta noche me propongo hablaros sobre la evolución humana, exponiéndoos el porvenir de la raza y tratando de guiaros paso á paso — aun cuando estos pasos sean algo grandes — á lo largo de la escala que la raza ha de ascender en el transcurso de las edades. A fin de hacer esto de un modo inteligible, tengo, primeramente, que retrotraer por un momento vuestros pensamientos á un terreno que os es familiar, como estudiantes de nuestro sublime filosofía, pudiendo hacerlo someramente por lo mismo que os es conocido, aun cuando esta ojeada es necesaria, como recuerdo preliminar, aun para aquellos que ya conocen los hechos, á fin de poder representarnos todo el vasto esquema desde el principio al fin del Manvantara.

Pensemos por un momento, cuanto sea dable pensar en tan elevada región, en el principio de un universo, cuando del gran Logos, del cual ha procedido el universo, surgió aquel Aliento que espira y aspira solo una vez en cada Manvantara — el poderoso Aliento de la Vida en que alientan y existen todos los sistemas, todos los mundos, todos los individuos. Representémonos por un instante en nuestras mentes el cuadro de este vasto ciclo de evolución que aun está sin terminar, pero que existe en el pensamiento del Logos, aunque no manifestado en los hechos.

(1) Conferencia dada por Mrs. Annie Besant en una sesión de London Lodge. (Rama de Londres).

Luego, pasando adelante desde este principio, representémonos otro cuadro, el de la constitución de los planos de un universo, región tras región; la energía del Logos surgiendo, y al surgir vertiéndose como Âtmâ, el Yo uno, en un universo que va á ser, para formar un plano tras otro en séptuple orden. Él mismo es la energía, el primer espíritu; siendo la primera materia sólo su propio aspecto externo, el anillo dentro del cual se limita á sí mismo al objeto de la manifestación; luego esta energía pasa adelante envuelta en esta primera materia como en una vestidura, y su aspecto externo constituye otra vez una nueva fase de materia, la del segundo plano; de manera que la energía del segundo plano es la energía primera más la materia del primer plano, y alrededor de ésta se arrolla la nueva diferenciación de la materia del segundo plano; y asimismo la energía del tercer plano es la primera energía más la materia del primero y segundo plano, y su limitación externa se convierte en la materia del tercer plano; y así sucesivamente región tras región, hasta que se completan las siete (número raíz de este universo), todas diferenciaciones del Uno, todo Âtmâ, pero Âtmâ modificándose en la manifestación; luego tocando la superficie limitadora de la esfera (el anillo *No más allá*, ordenado por sí mismo), la gran ola de Vida retrocede sobre sí, retirándose desde la circunferencia al centro, y habiendo alcanzado el límite extremo, el mundo de materia inferior, principia á desenvolver lo que antes envolvió. Habiendo dado así existencia objetiva al espíritu-materia de cada plano, comienza á emplearlo como material y á construir con él diversos organismos y formas de seres vivos que son los vehículos de la conciencia en este universo, para que al fin sean aptas para constituir los templos vivientes del Âtmâ no diferenciado á medida que emana como energía del Logos; la energía que se desenvuelve sube del mineral al vegetal, del vegetal al animal, y de éste al hombre animal. Continuando el trazado mental de esta enorme sucesión de ciclos, se verá cómo en estos cuerpos, cobijados por el Âtmâ mismo no diferenciado, se desenvuelven uno á uno los tipos sucesivos de espíritu-materia involucionados durante el descenso, y cómo pasando al animal y más adelante al hombre animal (el cual nos concierne) se desarrollan gradualmente dentro de la materia grosera de su cuerpo físico; estos tipos menos densos y más sutiles de espíritu-materia pertenecientes á los diferentes planos formados por la involución de la Vida. Finalmente llega el momento en que el hombre empieza á ser, no ya el mero hombre animal, sino el hombre mismo; cuando esta energía que as-

ciende desenvolviéndose, llega al punto en el cual le es posible alcanzar el Fuego siempre vivo qué desde arriba lanza sus llamas hacia abajo, la vida inferior se encuentra con la superior y el hombre ha nacido.

Un simil sacado de la experiencia diaria, puede dar relieve á estos pensamientos: sabemos cómo se forma el arco eléctrico, la luz resplandeciente de la lámpara eléctrica; dos polos de carbón — uno positivo y otro negativo — se aproximan más y más el uno al otro; primeramente todo es tinieblas, pero se acercan poco á poco en la obscuridad hasta que llegan á estar tan próximos, que la resistencia del aire es vencida y la corriente salta de un polo al otro formándose el arco eléctrico y la luz resplandeciente. Este arco eléctrico es á propósito para servirnos de símbolo de la formación repentina del individuo, del hombre real, nacido cuando lo que podemos llamar la corriente negativa de Âtmâ lanzada hacia arriba, y la corriente positiva de Âtmâ lanzada hacia abajo, se precipitan y se encuentran y el hombre viene á la existencia, para vivir á través de las innumerables edades de la eternidad. Todo esto basta para recordaros lo que hay tras de nosotros en el pasado; los hechos os son familiares, pero hay que tenerlos bien presentes para comprender el porvenir que nos aguarda, el porvenir que trato de bosquejar. Yo no puedo haceros percibir este porvenir por mi solo esfuerzo; necesito que me ayudéis con vuestro pensamiento y vuestro corazón, pues ambos son necesarios, para que este futuro se presente claramente ante vuestras miradas; para que, aunque no sea más que por un breve instante, podáis penetraros algo de las posibilidades, más aún, de las realidades humanas.

El gran Aliento de Vida, pues, sigue adelante; el hombre comienza á ser, y esta es la ola de la evolución, la ley por la cual todo debe vivir, el progreso por el cual todo marcha hacia adelante: el hombre lo mismo que el planeta en que vive y que el universo, y todos los mundos que en él existen; todo lo que va en tal corriente es llevado adelante y hacia arriba, y todo lo que se opone á la misma es lanzado hacia atrás como un fracaso para ser elaborado de nuevo en lejano porvenir, en el cual deben realizarse todas las posibilidades antes frustradas. Podemos considerar ahora al hombre como el individuo que principia su marcha ascendente, y que llega al punto en que actualmente nos encontramos. A fin de hacer más claro este difícil asunto, os ruego que os fijéis en las tres grandes clases de actividades en las cuales progresa el hombre. Podemos imaginarlas como una enorme pirámide de tres lados, cuyo ápice se perdiese en el

cielo; cada lado de la pirámide representará una de las tres grandes actividades del universo; un lado sería el poder, otro la sabiduría y el otro el amor, y dentro de éstas se agruparían todas las actividades menores, se incluirían todas las posibilidades. A los lados podríamos ver figuradas muchas líneas que parecen paralelas pero que en realidad son convergentes; las líneas variadas del progreso mental, moral y espiritual á lo largo de las cuales la raza ha de evolucionar. Y si imaginamos esta pirámide construída de grandes bloques, y á cada bloque como una etapa del progreso simbolizando una de las regiones del universo, tendremos entonces en la base al mundo físico, y trabajando allí á todos los poderes y energías del hombre, que se manifiestan como conciencia física en el cuerpo físico, y que están desenvolviendo gradualmente los tres lados de su naturaleza — poder, sabiduría y amor.—Sigue inmediatamente encima el segundo gran bloque, simbolizando el plano astral, otra gran región que ha de ocupar la conciencia humana; sobre éste el plano de Manas — el plano devachánico, la región de la mente misma; sobre esta región otra aún más noble y elevada, la de Buddhi ó intuición espiritual, el plano de Samâdhi, llamado algunas veces Sushupti; sobre éste todavía el plano de Âtmâ, Nirvâna, la corona, comprendiéndolo todo. El pensar en este cuadro puede ayudarnos á medida que pasamos de un grado á otro, de bloque en bloque, pues tenemos que trazar la humanidad elevándose de etapa en etapa, y comprender en qué consiste la evolución del hombre.

Consiste en ensanchar la conciencia, empezando ésta en la base misma de nuestra pirámide como un simple hilo de luz viva; se ensancha á medida que sube de región en región, dilatándose y abarcando más y más; finalmente, el hilo se convierte en un cono de fuego, y se eleva hasta la misma cúspide y se une al océano de Fuego Vivo, en el cual reside toda luz y toda vida.

La expansión de la conciencia es la nota de la evolución humana, y al ensancharse abarcando más y más dentro de sus límites, la humanidad se eleva y crece en poder, sabiduría y amor. Los tres aspectos no pueden realmente separarse, excepto para mayor claridad de la explicación; pues el amor no es más que la expresión externa de la sabiduría, y el poder es su agente efectivo; sin embargo, la consideración aislada de cada uno puede ayudar á sistematizar nuestras ideas, y esto tiene sus ventajas en un asunto tan complejo y tan difícil.

Considerando á la raza como un todo, podemos decir que su vida

consciente propia está en el cuerpo en el plano físico; el hombre mismo, según lo hemos definido antes, puede, á la verdad, decirse que ha descendido de regiones superiores á su prisión física; pero aquellas regiones no están aún dominadas por su conciencia, y no puede decirse que la humanidad en general vive en ellas actualmente en actividad consciente. El hombre las habita, pero su conciencia de ellas es la conciencia de un niño, aún sin despertar. Sin embargo, para evitar errores, debo decir que aun cuando es verdad que la humanidad como un todo no se ha elevado sobre la conciencia del plano físico, existen ya hoy algunos que se han elevado sobre ella y que pueden trabajar en otros planos, y éstos son en número siempre creciente. En lo que diré del porvenir, no hablaré de nada que no sea conocido por lo menos de uno ó dos de entre nosotros, que hayan obtenido una penetración parcial de la suerte futura de la raza, que por lo menos saben algo de estos diferentes planos, que algún día toda la humanidad conocerá perfectamente y poseerá por completo.

Al echar una ojeada sobre la región física, ¿cómo vemos que se agrupan sus actividades en los tres lados de nuestra pirámide? En el lado del amor tenemos el servicio de aquellos que están sobre nosotros, y la ayuda y compasión la extendemos á los que se hallan á nuestro alrededor y más abajo; en el lado de la sabiduría tenemos todo lo que no es aún sabiduría, sino sólo conocimiento; sin embargo, es un conocimiento que se convertirá en sabiduría al ser transmutado; todo pensamiento científico, todo pensamiento filosófico, todo pensamiento artístico — estas son las grandes líneas á lo largo de las cuales el pensamiento se está elevando por el lado de la sabiduría. —Por el lado del poder tenemos el gobierno, la ley, la organización de la sociedad, y ese poder creador que aún hoy reside en el hombre, aun cuando todavía lo desconozca.

Tal cual el mundo es ahora, nos choca como cosa extraña, casi como sorprendente, que en cada uno de estos lados el hombre parece estar llegando á los límites de lo físico, llegando continuamente á muros que no puede franquear; con un pasado provechoso tras sí, sin duda alguna, parece, sin embargo, que ha llegado al fin de su progreso físico; pero alguna otra cosa tiene que encontrarse si el éxito ha de continuar. Si observamos la región del amor, que tiene la religión como una de las direcciones de su crecimiento —el servicio de los que están por encima de nosotros— veremos que durante los últimos cincuenta años, las grandes religiones del mundo han sido rechazadas por la marea ascendente de la inteligen-

cia escéptica, de modo que se encuentran hoy en una situación sumamente difícil, pues hasta aquellos que más las quieren, sienten en el fondo de sus pensamientos la duda respecto de si están en el verdadero camino. Es cosa reconocida que en el gran reino de la religión, la fe ha usurpado demasiado lugar al conocimiento, la esperanza demasiado lugar á la certeza, y la autoridad demasiado lugar á la sabiduría. El resultado de esto es que á cualquier país que se vaya, á cualquier religión que se considere, se ve la gran masa de la gente sumida en la superstición, presa de toda clase de terrores; terrores por un porvenir desconocido. Cuando no existe la superstición entre las masas, existe el ateísmo, devorador de los ideales.

Y además de esta degradación religiosa de la multitud, hay una clase de gente de más ilustración, escéptica en su corazón y en su vida, no siempre en la palabra, pero sí muy amenudo también en ella, desafiando toda religión porque saben que su mera presentación exotérica no puede sostenerse de un modo inteligente como verdadera de hecho; desafiándolo todo y sin encontrar, sin embargo, esperanza alguna bajo el reto, esperanza de una verdad que pueda comprenderse aun cuando sienten que el suelo cede bajo sus pies. Si nos volvemos á la otra dirección en el lado del amor (cuyo aspecto para aquellos que están á nuestro alrededor y por debajo de nosotros, es actividad y compasión bienhechoras) vemos unos pocos corazones animosos que se hallan abrumados, desesperando ante la enorme miseria humana, que son impotentes para remediar la pobreza que parte el corazón respecto del cuerpo, la ignorancia aún más angustiosa respecto del alma, de modo que los que aman la humanidad no saben de qué lado puede venir una ayuda eficaz.

En el lado de la sabiduría, también tropieza nuestra mirada con espesos muros en cada una de las líneas ascendentes. La ciencia que ha hecho tanto y ha conseguido tantos triunfos, parece aparentemente estar llegando á su límite en la exquisita delicadeza y exactitud de sus aparatos físicos, y sin embargo, están fluyendo en los laboratorios energías demasiado sutiles para ser medidas, substancias demasiado enrarecidas para ser pesadas en sus balanzas. La ciencia está tanteando por todas partes en busca de nuevos métodos. En la medicina se encuentra ciega, no pudiendo el médico formular el diagnóstico de la enfermedad, por falta de claridad en la visión, impotente para trazar de un modo definido la acción de sus medicamentos, meramente experimentando, y esperando siempre que de sus experimentos pueda surgir algún conocimiento cierto. En la

ciencia física el materialismo se está derrumbando, probado lo impropio de sus teorías sobre el universo, al paso que el idealismo no está todavía en situación para reemplazarlo, pues aún no habla con claridad ni explica de modo inteligible. En el más grande de los sistemas idealistas, la Vedanta de la India, según hoy se enseña, vemos á la inteligencia dedicada al inútil trabajo de hender cabellos en vez de pensar con profundidad; deterioro sutil del carácter, formas y costumbres del pensamiento que mina la moral; los hombres llegan á descuidar su conducta en la vida, y la diferencia entre lo bueno y lo malo, hipnotizados por una repetición rutinaria de la profunda verdad: «Tu eres AQUELLO». En Oriente lo mismo que en Occidente ceguera y tanteo, una vaga aspiración que solo percibe que ha perdido sus ideales y que donde no hay ideal no puede haber verdad.

Y respecto del poder, ¿qué podemos decir de las actividades humanas que funcionan del lado del poder? La sociedad en guerra intestina, clase contra clase, sexo contra sexo; reyes sin autoridad para gobernar, que ya no reinan, que no tienen responsabilidad, á quienes se ha dejado el poder social de hacer mal, al paso que el poder director para hacer el bien les ha sido arrebatado; el poder arrancado á sus manos y puesto en las de la ignorancia multiplicada por millones, en la vaga esperanza de que esto es atraer tantas direcciones que no puede ocurrir ningún movimiento perjudicial; y como resultado el deterioro físico y moral por todas partes, la pobreza y el sufrimiento invencibles, sin una sabiduría que pueda dirigir, sin ningún poder que se aventure á dominar. Los hombres miran ofuscados hacia atrás, llenos de temor por el porvenir, pensando cuando ocurrirá un cataclismo social, y algunos sueñan tristemente con los días en que había reyes iniciados que reunían á las nacions bajo la segura salvaguardia de sus tronos, cuando el conocimiento y el poder se juntaban en una vida poderosa y mantenían una verdadera sociedad. Y ¿qué del poder de crear? Pero como ya he dicho, esto es ahora desconocido y es inútil hablar de ello.

Pero miremos hacia adelante y veamos cómo avanzará la humanidad hacia una paz, una seguridad y una dicha mayores en este plano físico. Todos los cambios que se verificarán en el plano físico en el porvenir, procederán del funcionamiento hacia abajo de los poderes superiores que entonces se habrán generalmente desarrollado en el hombre. Podemos representarnos ahora el próximo paso, el de la segunda región —la subi-

da de la humanidad al gran piso segundo de nuestra pirámide; la humanidad se hará consciente en el plano astral, conquistando el reino astral, y de este modo se encontrará en un mundo nuevo. Entonces el hombre asumirá nuevos poderes, adoptará nuevos métodos, con nuevos horizontes que se abrirán ante él, floreciendo por todos lados nuevas potencialidades. Es la raza que se eleva, y no meros individuos que dejan atrás á sus compañeros. Tratemos de comprender esta próxima etapa del progreso humano, cuando la mayor parte de la humanidad haya ensanchado su conciencia pasando de la propia conciencia en lo físico á la propia conciencia en el mundo astral; veamos cómo la humanidad evolucionará y crecerá á lo largo de las líneas que hemos considerado en el mundo físico. Porque ¿qué es este mundo astral y qué significa la expansión de la conciencia para abarcar esta segunda región del universo?

En primer término, hay la expansión del sentido del poder. Los sentidos astrales, si bien se distinguen todavía unos de otros — pues en el mundo astral no dejamos todavía atrás estos muros de separación — no son tan limitados como los físicos: la visión astral ve lo de atrás, lo de adelante y lo de alrededor; ve todos los lados de un objeto y pasa á través de él; los sentidos adquieren una nueva sutileza, exactitud y refinamiento, y de todas partes un conocimiento mayor fluye por medio de estas ventanas más vastas del alma; estos sentidos más penetrantes y potentes, atraviesan los obstáculos y dejan sin efecto los impedimentos que limitaban la conciencia del hombre cuando sólo podía funcionar por medio del cuerpo físico.

Annie BESANT.

(Se continuará).

CLARIVIDENCIA

(CONTINUACIÓN)

Otro resultado maravilloso que el completo goce de la visión astral proporciona al hombre, es que ya no sufre ninguna interrupción de conciencia. Cuando duerme, deja al cuerpo físico en el reposo que necesita, y mientras tanto marcha á sus asuntos en el mucho más cómodo vehículo astral. Al despertar, vuelve y penetra de nuevo en su cuerpo físico, pero sin ninguna pérdida de conciencia ni de memoria entre los dos estados, pu-

diendo así vivir, como si dijéramos, una vida doble, la cual, sin embargo, es una, y estar útilmente ocupado durante toda su existencia en lugar de perder la tercera parte de ella en la inconsciencia.

Otro extraño poder de que será poseedor (aun cuando su completo dominio pertenece más bien á la facultad devachánica, aún más elevada) es el de ver aumentada á voluntad la partícula física ó astral más diminuta hasta el tamaño que quiera, como si empleara un microscopio, aunque no existe miscroscopio ni probablemente existirá jamás, que tenga ni siquiera la milésima parte de este poder aumentador psíquico. Por su medio se convierten en realidades visibles y vivientes para el estudiante ocultista la molécula y el átomo hipotéticos presupuestos por la ciencia, y por este examen más profundo, encuentra que son mucho más complejos en su estructura que lo que el hombre científico ha podido hasta ahora suponer. También le permite seguir con minuciosa atención y el mayor interés todas las acciones eléctricas, magnéticas y otras asimismo etéreas; y cuando alguno de los especialistas en estos ramos de la ciencia pueda desarrollar el poder de ver estas cosas sobre las que se escribe tan fácilmente, podrá esperarse algunas revelaciones maravillosas y preciosas.

Este es uno de los *siddhis* ó poderes que los libros orientales asignan al hombre que se dedica al desarrollo espiritnal, aun que el nombre con que se le menciona no sea desde luego reconocible. Se le llama «el poder de hacerse uno grande ó pequeño á voluntad», y la causa de una descripción que de un modo tan raro parece presentar los hechos al revés, es que en realidad la manera de ejecutar la proeza, es precisamente la indicada en estos antiguos libros. Usando un aparato visual temporal de una pequeñez inconcebible, es como el mundo de lo infinitamente pequeño se ve con claridad; y del mismo modo (ó más bien de la manera contraria) aumentando temporalmente de un modo enorme el tamaño del aparato que se usa, es como se hace factible el aumentar el campo de nuestra vista — en el sentido físico, como en el moral — mucho más allá de lo que la ciencia ha podido jamás soñar como posible para el hombre. De modo que la alteración del tamaño reside en realidad en el vehículo de la conciencia del estudiante y no fuera de él; y el antiguo libro oriental, después de todo, ha expuesto el caso con más exactitud que nosotros.

La psicometría y la segunda vista *in excelsis*, serían también facultades de que podría disponer el clarividente; pero de éstas se tratará con más propiedad bajo otra denominación, puesto que en casi todas sus manifesta-

ciones comprenden la clarividencia así en el espacio como en el tiempo.

He indicado ya, aunque muy groso modo, lo que un estudiante ejercitado que poseyese la completa visión astral, vería en el mundo inmensamente más extenso en el que esta visión le introduciría; pero no he dicho nada del cambio estupendo que en su actitud mental sucedería con la certeza adquirida por experiencia propia, de la existencia del alma, de su supervivencia después de la muerte, de la acción de la ley del Karma y de otros puntos de importancia capital. La diferencia hasta entre la convicción intelectual más profunda y el conocimiento preciso que se obtiene por la experiencia personal directa, hay que sentirla para poderla apreciar.

Las experiencias de los clarividentes no ejercitados — y téngase presente que esta clase comprende todos los clarividentes europeos, excepto unos pocos — se quedan, por regla general, muy atrás de lo que he dicho; se quedan muy atrás de muchos modos diferentes, en grado, en variedad, en permanencia, y sobre todo, en precisión.

Algunas veces, por ejemplo, la clarividencia de una persona será permanente, pero muy parcial, extendiéndose tan sólo á una ó dos clases de los fenómenos observables; se encontrará dotado de una parte solamente de visión superior, sin poseer aparentemente otros poderes de vista que debieran de un modo normal acompañarla ó precederla. Por ejemplo, uno de mis más queridos amigos ha tenido toda su vida el poder de ver el eter atómico y la materia astral atómica, y de reconocer su estructura, tanto en la luz, como en la obscuridad, como compenetrando todo lo demás; sin embargo, sólo rarísimas veces ha visto entidades cuyos cuerpos están compuestos de eter inferior ó de materia astral más densa, mucho más perceptibles, y en todo caso no puede verlos siempre. Sencillamente, se encuentra en posesión de esta facultad especial, sin ninguna razón aparente que lo explique, ó relación alguna conocida con cualquier otra cosa; y fuera de probarle la existencia de estos planos atómicos y demostrarle su arreglo, es difícil comprender para qué cosa especial le sirve en la actualidad. Sea como quiera, tal es el hecho, y es una garantía de cosas más grandes futuras, de otros poderes que aún esperan desarrollo.

Hay muchos casos parecidos, parecidos, quiero decir, no en la posesión de esta forma particular de vista (que es única en mi experiencia) sino en que demuestran el desarrollo de una pequeña parte especial de la visión completa y clara del plano astral y etéreo. De diez casos, sin embargo, de esta clarividencia parcial, en nueve habrá también falta de precisión, esto

es, habrá mucha parte de impresión vaga y de inferencia en lugar de la definición concreta y clara y de la certeza del hombre ejercitado. Ejemplos de esta clase se ven constantemente con especialidad entre aquellos que se anuncian como «clarividentes probados para negocios.»

Luego hay también los que son sólo clarividentes temporales, bajo ciertas condiciones especiales. Entre éstos hay varias subdivisiones: algunos pueden reproducir el estado de clarividencia á voluntad colocándose en las mismas condiciones, mientras que á otros les ocurre esporádicamente, sin relación alguna observable con las circunstancias; y á otros suele suceder que la facultad sólo se muestra una ó dos veces en el curso de toda su vida.

A la primera de estas subdivisiones pertenecen los que son clarividentes sólo en el sueño magnético, fuera del cual son incapaces de oir ni de ver nada anormal. Estos pueden á veces alcanzar grandes alturas de conocimiento, pero cuando esto sucede, es porque están pasando por un curso de educación regular, aunque por alguna razón no pueden aún libertarse sin ayuda del peso abrumador de la vida terrestre.

En la misma clase podemos colocar aquéllos — en su mayor parte orientales — que adquieren alguna vista temporal sólo bajo la influencia de ciertas drogas, ó por medio de la ejecución de ciertas ceremonias. Estos últimos se hipnotizan algunas veces por la repetición de las ceremonias, y en este estado se hacen clarividentes hasta cierto punto; pero lo más común es simplemente quedar reducidos á un estado pasivo, en el cual alguna otra entidad puede obsesarlo y hablar por su medio. Algunas veces sus ceremonias no tienen por objeto afectarlo á él mismo, sino el invocar alguna entidad astral que le da la información deseada, pero por supuesto éste es un caso de magia y no de clarividencia. Tanto las drogas como las ceremonias son métodos que á todo trance deben evitarse por todo el que desee llegar á la clarividencia en su aspecto superior. El hombre de medicina del Africa Central ó médico-brujo y los Siameses tártaros son buenos ejemplos de este tipo.

Los que sólo ocasionalmente han poseído cierto poder clarividente sin intervención de su propio deseo, han sido muchas veces personas histéricas ó sumamente nerviosas, en quienes esta facultad viene á ser en gran parte uno de los síntomas de la enfermedad. Su aparición demuestra que el vehículo físico se ha debilitado hasta tal punto, que ya no ofrece obstáculo alguno á la manifestación de un pequeño poder de visión etérea ó astral. Un ejemplo extremo de esta clase es el hombre que se alcoholiza

hasta el delirium tremens, y en este estado de absoluta ruina física y de excitación psíquica impura, ocasionada por los estragos de esta horrible enfermedad, puede ver por el momento algún asqueroso elemental y otras entidades, las cuales ha atraído á su alrededor por el abuso de su vicio degradante y bestial. Hay también otros casos en que este poder de visión ha aparecido y desaparecido sin relación alguna aparente con el estado de la salud física; pero parece probable que aun en éstos, si hubiesen podido observarse con toda minuciosidad, se hubiera visto alguna alteración en el estado del doble etéreo.

Aquellos que sólo pueden contar un solo ejemplo de clarividencia en toda su vida, son difíciles de clasificar en todas sus diferencias, á causa de la gran variedad de las circunstancias que han contribuído á ello. Hay muchos entre ellos que han pasado por tal experiencia en algún momento supremo de la vida, cuando es comprensible que haya podido haber una exaltación temporal de las facultades, lo cual sería lo suficiente para explicar el fenómeno. Otros hay, dentro de esta misma clase, para quienes el caso único ha consistido en ver una aparición, siendo lo más común que ésta haya sido la de un amigo ó un pariente en el momento de la muerte. Dos interpretaciones se presentan ante nosotros en este caso, y en ambos es la fuerza impulsora un fuerte deseo del difunto. Esta fuerza puede haberle permitido materializarse por un instante, en cuyo caso, por supuesto, no hay necesidad de clarividencia; ó lo que es más probable, puede haber obrado magnéticamente sobre el vidente, entorpeciendo por el momento su sensibilidad física, y estimulando las superiores. En ambos casos la visión es el resultado de un incidente, y no se repite por la sencilla razón de que las condiciones necesarias tampoco se repiten.

Queda, sin embargo, en esta clase un resto irresoluble de casos en los cuales sólo ocurre un único ejemplo de indudable clarividencia en circunstancias que nos parecen por completo triviales y sin interés. Acerca de estos casos sólo podemos formar hipótesis; las condiciones directas no están, evidentemente, en el plano físico, y antes de poder emitir una opinión cierta, sería necesaria la investigación de cada caso. En algunos de ellos ha resultado que una entidad astral ha estado intentando comunicarse, no habiendo conseguido más que transmitir algún detalle sin importancia de un asunto, sin que lo más útil del mismo haya podido penetrar en la conciencia del sujeto.

En la investigación de los fenómenos de la clarividencia se encontrarán

todos estos diversos tipos y muchos otros, y seguramente se presentarán también cierto número de casos de meras alucinaciones, los cuales deben eliminarse con cuidado de la lista de ejemplos. El que se dedica al estudio de este asunto necesita una dosis inextinguible de paciencia y de firme perseverancia; pero si continúa el tiempo necesario principiará á distinguir confusamente el orden tras del caos, hasta que de un modo gradual adquiere alguna idea de la gran ley bajo la cual marcha toda la evolución. Le ayudará mucho en sus esfuerzos el adoptar el orden que nosotros acabamos de seguir aquí, esto es, tomarse primeramente el trabajo de familiarizarse, en cuanto le sea posible, con los hechos efectivos concernientes á los planos en los cuales se manifiesta la clarividencia ordinaria. Si quiere aprender lo que realmente hay que ver con la vista etérea y astral, y cuáles son sus limitaciones respectivas, tendrá entonces una regla para medir los casos que observe. Dado que todos los ejemplos de vista parcial tienen necesariamente que encontrar su sitio apropiado en este cuadro, si tiene el bosquejo de todo el esquema en su cabeza, encontrará relativamente fácil, con un poco de práctica, el clasificar los ejemplos que se le presenten.

No hemos dicho nada todavía acerca de las posibilidades aún más maravillosas de la clarividencia en el plano devachánico, ni en verdad es necesario decir mucho de ello, toda vez que es sumamente improbable que el investigador encuentre jamás ejemplo alguno de tal falcultad, á no ser entre discípulos debidamente ejercitados en las escuelas más elevadas de ocultismo. Para éstos se abre otro mundo mucho más vasto que todos los inferiores — un mundo en el cual todo lo que podamos imaginar de más glorioso y esplendente es lo más común de la existencia. — En nuestro sexto manual teosófico (1) hemos expuesto algo acerca de esta maravillosa facultad, su dicha inefable, sus magníficas oportunidades para aprender y trabajar, y á él remitimos al estudiante.

Todo lo que tiene que dar — por lo menos todo lo que de él puede asimilarse — está al alcance del discípulo ejercitado, pero para el clarividente no ejercitado sólo el tocarlo es poco menos que una imposibilidad. Se ha conseguido en el sueño magnético, pero el caso es extremadamente raro, pues se necesitan cualidades casi sobrehumanas en lo que se refiere á elevadas aspiraciones espirituales y pureza absoluta de pensamiento y de intención, tanto de parte del sujeto como de la del operador.

(1) Véase *El Plano Astral y el Devachán*, por C. W. Ladbeater, de venta en la redacción de esta Revista.

A semejante tipo de clarividencia, y todavía mucho más á la que pertenece al plano superior siguiente, puede aplicarse con mucha razón el nombre de visión espiritual; y puesto que el mundo celestial que presenta á nuestros ojos, nos rodea por todas partes aquí y ahora, creemos oportuno colocar la referencia que de pasada hacemos, en la denominación de clarividencia simple, aunque sea necesario volver á hacer alusión á ella cuando tratemos de la clarividencia en el espacio, á la cual pasamos ahora.

2. — LA CLARIVIDENCIA EN EL ESPACIO

Hemos definido ésta como la facultad de ver sucesos ó escenas á distancia del vidente y demasiado alejadas para la observación ordinaria. Los ejemplos de esto son tan numerosos y diversos, que consideramos conveniente intentar una clasificación de ellos algún tanto más detallada. No importa gran cosa el orden que adoptemos, siempre que sea suficientemente inteligible y comprenda todos los casos; quizá sea conveniente el agruparlos bajo las dos grandes clasificaciones de clarividencia intencional y clarividencia no internacional en el espacio, con una clase intermedia que pudiera denominarse como semi-intencional — título curioso que explicaremos más tarde.

Como antes, principiaré por exponer lo que es posible para el clarividente ejercitado, y trataré de explicar cómo funciona su facultad y bajo qué limitaciones actúa. Después de esto nos encontraremos en mejor situación para tratar de comprender los múltiples ejemplos de clarividencia parcial y no ejercitada. Discutamos, pues, en primer término la

Clarividencia Intencional. — Claro es, por lo que ya hemos manifestado acerca del poder de la visión astral, que cualquiera que la posea por completo, podrá ver por su medio prácticamente todo lo que desee ver en este mundo. Los sitios más secretos están abiertos á su mirada, y los obstáculos no existen para él, por razón del cambio de su punto de vista; de modo que si le concedemos el poder de moverse libremente en su cuerpo astral, puede sin dificultad alguna ir á todas partes y verlo todo dentro de los límites del planeta. A la verdad esto le es en gran parte posible, aun sin necesidad de viajar en el cuerpo astral, como veremos pronto.

Consideremos más de cerca los métodos por los cuales puede usarse esta vista suprafísica para observar sucesos que se verifican á distancia. Cuando, por ejemplo, un hombre aquí en Europa ve en sus menores detalles

algo que está pasando en aquel momento en la India ó en América, ¿cómo se verifica esto?

Se ha presentado una hipótesis muy ingeniosa para explicar el fenómeno. Se ha dicho que todos los objetos irradian constantemente en todas direcciones, al modo que los cuerpos luminosos lanzan rayos de luz, aunque en forma más sutil, y que la clarividencia no es otra cosa que la facultad de ver por medio de estas irradiaciones más finas. La distancia, en este caso, no sería obstáculo para la vista; todos los objetos intermedios serían penetrables por estos rayos, y podrían cruzarse entre sí hasta lo infinito en todas direcciones sin confundirse, precisamente como sucede con las vibraciones de la luz ordinaria.

Ahora bien; aunque no es este exactamente el modo como funciona la clarividencia, la teoría es, sin embargo, muy verdadera en la mayor parte de sus premisas. Todos los objetos, indudablemente, arrojan radiaciones en todos sentidos; y justamente de esta manera, aunque en un plano más elevado, es como se forman los anales âkâshicos. Sobre ellos es necesario que digamos algo más adelante, y así ahora no hacemos más que mencionarlos. Los fenómenos de psicometría dependen también de estas radiaciones, como se explicará seguidamente.

Existen, sin embargo, ciertas dificultades prácticas en el uso de estas vibraciones etéreas (pues esto es, por supuesto, lo que son), como medio para ver algo que tiene lugar á distancia. Los objetos intermedios no son por completo transparentes; y como los actores de la escena que el experimentador tratase de observar, serían, sin duda, igualmente transparentes, es claro que de todo ello resultaría gran confusión.

La dimensión adicional que entra en juego, si en lugar de las radiaciones etéreas se perciben las astrales, haría desaparecer algunas de las dificultades; pero por otra parte introducirían algunas complicaciones que le son propias; así, pues, para objetos prácticos, al tratar de comprender la clarividencia, podemos desterrar esta hipótesis de nuestra mente, y ocuparnos de los métodos que están en realidad á disposición del estudiante. Se verá que hay cinco, siendo cuatro de ellos realmente variedades de la clarividencia, al paso que el quinto no tiene en modo alguno sitio bajo la denominación de que tratamos, sino que pertenece al dominio de la magia. Nos ocuparemos primero de este último, á fin de descartarnos de él.

Por la ayuda de un espíritu de la naturaleza. Este método no envuelve necesariamente la posesión de ninguna facultad psíquica de parte del ex-

perimentador; bástale saber cómo inducir á algún habitante del mundo astral á hacer la investigación por él. Esto puede hacerse bien por invocación ó por evocación; esto es, el operador puede persuadir á su coadjutor astral á ayudarle por medio de ruegos ú ofertas, ó bien puede obligarle á prestar su ayuda por el ejercicio determinado de una voluntad altamente desarrollada.

Este método ha sido muy usado en Oriente, donde la entidad empleada es usualmente un espíritu de la naturaleza, y en la antigua Atlántida, donde «los señores de la obscura faz» empleaban una variedad altamente especial y muy venenosa de elementales artificiales con tal objeto. De un modo semejante se obtienen informaciones en nuestras modernas sesiones espiritistas, pero en este caso el mensajero empleado es mucho más probable que sea algún ser humano recientemente fallecido, y que se encuentre actuando en el plano astral más ó menos libremente, aunque también suele suceder que sea algún servicial espíritu de la naturaleza que se divierta haciendo el papel de un pariente difunto. En todo caso, según he dicho ya, este método no tiene nada de clarividente, sino de mágico, y sólo se menciona aquí para evitar que el lector se confunda al tratar de clasificar casos de esta índole, bajo las denominaciones que seguirán.

C. W. LEADBEATER.

(Se continuará).

H. P. BLAVATSKY Y SUS MAESTROS

> Si me preguntáis de qué modo comprendemos el deber teosófico puesto en práctica y con relación al Karma, puedo contestaros que nuestro deber es beber sin una queja hasta la última gota de cualquier contenido que nos ofrezca la copa de la vida que el destino nos designe; coger las rosas de la vida tan sólo por el aroma que puedan exhalar *para los demás*, y contentarnos nosotros únicamente con las espinas, si no podemos gozar de aquel aroma sin privar á otro de él.
>
> *(Clave de la Teosofía)*.

Muchos han hablado y escrito acerca de la vida y el carácter de Mad. Blavatsky, como si para emitir un juicio exacto sobre ambos, poseyesen los datos necesarios. Muy contadas, sin embargo, son las personas que la conocieron tal como era realmente. Desde 1880, durante

once años, tuve frecuentes ocasiones de tratarla y de discutir con ella, tanto personalmente como por escrito, acerca de diferentes asuntos, mientras residía en la India, y seguí sosteniendo mi correspondencia con ella aun después de su regreso á Europa.

Siempre fué mi actitud la de un hombre que desea enterarse de los hechos. Repetidas veces en mis cartas combatí sus entonces supuestos errores. No obstante, siempre me trató con cortesía, contestándome franca y amistosamente.

Me propongo publicar aquí varios extractos (1) de sus cartas, sin añadir comentario explicatorio alguno, ya que su contenido resultará bastante inteligible al lector.

Simla, Octubre 1880.

«Jamás discuto con mis superiores cuando recibo órdenes suyas.

Si algo pueden nuestros miembros echarme en cara, es mi completa sinceridad, mi incapacidad de *fingir* y desempeñar un papel cualquiera. Ante una falsedad ó una flagrante injusticia no puedo contenerme, y he de decir á las gentes cara á cara, lo que de ellas digo en su ausencia. ¿Es acaso esto mi mayor crimen?

Bombay, Agosto 1882.

«Mr. E... no tiene sentido común. Si no está satisfecho, está bien que lo diga. No necesitamos teosofistas que nada hacen, salvo *dictar su ultimatum* y condiciones *sine qua non*. Estoy harta de ellos.

»Deploro ver que, á pesar de toda mi perseverancia en el deber, de mis esfuerzos y deseo de hacer el bien, lo que consigo es «frustrar y disgustar» á la gente.

»Si la causa de gran parte de ese disgusto es motivada por cuestiones «mezquinas», entonces es que los hombres mismos son 'mezquinos'.»

Adyar, Febrero 1884.

«La duda y la desconfianza siempre subsistirán en el espíritu de todo aquel que no se halle, como me hallo yo, en comunicación directa con Ellos (los Maestros), y esto á Ellos importa poco. No se cuidan de las gra-

(1) Sólo aquellos que tienen relación con el presente artículo.

cias ni del agradecimiento de nadie, ni de cosa alguna, excepto del deber. Mucho pueden hacer, pero *milagros* jamás.

»Hablemos ahora de mi poco interesante *Ego*. Dícenme los médicos que me estoy muriendo; que si no cambio de clima inmediatamente y no *descanso por completo* durante tres ó cuatro meses, no viviré arriba de tres meses. Iré á Francia y Alemania. Para mí, es peor que la muerte; porque pudieran Ellos haberme concedido morir aquí tranquilamente. Detesto la idea, mas según parece, Ellos me necesitan viva, no muerta. Está bien, ya que los Maestros quieren que me vaya, me voy, aunque no acierto á comprender por qué me mandan buscar fuera un alivio á mis dolencias, cuando tan bien podían curarme aquí, como por dos veces lo han hecho ya anteriormente. El Coronel marcha á Londres y yo también * * * Ignoro yo misma *cuándo* saldré de aquí y *por qué*.»

Adyar, Marzo 1885.

«Hablemos de nuestros Maestros: Soy inocente de todos los fenómenos ocurridos en el relicario, y de muchísimos de aquellos tan notables que tuvieron lugar fuera del mismo. Ni siquiera fueron producidos por mediación mía, como cree la gente, sino simplemente á ruego mío por los Chelas de los Mahatmas, y con permiso Suyo.

»Muchos fueron sencillamente producidos por X. . . y otros por Dj. . . K. . ., no teniendo participación alguna en ellos los Mahatmas. No tienen nuestros asociados idea alguna de las leyes del ocultismo; y aquellos para quienes ya no son los Maestros unos seres de 3.000 años de edad, encaramados en los árboles y envueltos en su larga cabellera, quejándose á gritos á cada calamidad pública ó natural, los consideran como *Dioses Omnipotentes* é infalibles.

»Jamás se han comprometido los Maestros á dirigir y administrar la Sociedad Teosófica, sino simplemente á aconsejar á los fundadores en cuestiones y asuntos respecto á los cuales éstos se hubiesen visto en la imposibilidad de decidir por sí solos.

»¡Soberbia idea la de que á un hombre joven y sano (Damodar) se le fuese á ocurrir renunciar á su fortuna, á su casta y á todo en este mundo, por el placer de ayudar á una estafadora, así como *dirigirse á sí mismo cartas falsificadas!* Sólo puede correr pareja con aquella otra de que yo, que acabo de renunciar á un contrato, por el que se me ofrecía 40,000

francos anuales (á condición de permanecer en Europa y de escribir exclusivamente en los diarios de Katkof), para volver á la India, donde me habían de apedrear y cubrir de lodo, como me sucede ahora, he engañado y estafado á todo el mundo, inventando á los Mahatmas y los fenómenos *por el único placer de engañar*; porque desafío al universo entero á que demuestre que con ello haya ganado yo jamás un maravedí.»

»Puedo probar con hechos y cartas, que me hubiese sido fácil crearme buenas rentas con sólo escribir para los periódicos rusos, y ocuparme de trabajos literarios en general. En cuanto á la fama, ¡líbreme el cielo de *semejante* fama!

»Mi fama como escritora está en Rusia y aun en Inglaterra, si yo aspirase á aquélla.

»He preferido un trabajo no remunerador, la más ingrata y dura labor, unida á la maledicencia y á la calumnia incesante, inspirada por el amor y la fidelidad á los Maestros y su país, y les he servido lealmente lo mejor que he sabido. Si otros lo ignoran, *Ellos* lo saben.

»Y digo que más hubiera valido que las gentes no hubiesen tenido jamás una fe ciega é irracional en los Mahatmas, sino que hubiesen desarrollado un poco más de fe en el poder de su propio raciocinio, y entonces hubiesen visto, sin el auxilio de fenómeno apócrifo alguno, que si *no* hubiera habido Mahatmas (ó alguien detrás de mí inmensamente superior á mí y más inteligente que yo) no existiría *Isis* ni doctrina esotérica alguna reconocida por Hodgson (1) mismo como el sistema más elevado y filosófico de todos cuantos existen. Si las *pretendidas* cartas de H. P. B. en la *Christian College Magazine* son auténticas, yo soy una farsante, siendo así la única autora de *Isis*, de todas las cartas escritas por los Mahatmas dirigidas á Hume y á Sinnett, y de los mejores artículos en el *Theosophist*. Y según manifiesta Mr. C...: «en tal caso H. P. B. es ella misma un Mahatma.»

»Farsanta» ó «Mahatma», he cumplido con mi deber hacia los Maestros y los Hindos.»

Wurzburg, Mayo 1886.

«No me importan esas censuras, precisamente porque son inmerecidas.

(1) Cuando en Diciembre de 1884 se encontraba en Adyar Mr. Hodgson, aparentaba éste una grandísima admiración por los escritos de Mad. Blavatsky. Le convino, no obstante, cambiar de actitud cuando tuvo que declarar en contra de aquélla en su Memoria.

Ante ciertas injurias lanzadas contra él, Thiers solía compararse á un paraguas viejo sobre el que durante cincuenta años no había cesado de caer el agua. Parafraseando, diré que también soy yo un antiguo paraguas, ya que la basura y el agua sucia han caído generosamente sobre mí durante más de veinte años, y poco me han de importar unas cuantas gotas más ó menos.

«¡Entre los jesuitas, los protestantes y la idiota Sociedad de Investigaciones Psíquicas con el «simpático Hodgson» desempeñando el papel de policía suyo, aviada estoy en verdad!»

»¡Y *me* dirige usted el cargo de que os oculto á todos los secretos referentes á los Mahatmas! Si cortándome la lengua pudiese borrar cada palabra de verdad pronunciada por mí acerca de los Santos Maestros, me volvería muda para siempre, antes de que transcurriesen cinco minutos. He dicho *todo* lo que podía autorizadamente decir acerca de Ellos y mucho más. Sufro ahora por haber profanado Su nombre y cosas santas y sagradas. Por haber amado demasiado la Causa (la Teosofía), y en mi deseo de servirla, he pecado de indiscreta y expuesto *aquello* que jamás debiera haber pronunciado.

«¡A vosotros todos — y aun al pobre Olcott—ha tocado el mejor papel en esa tragi-comedia. Sois las supuestas *víctimas*, los nobles y confiados corazones por *mí* engañados, por mí, la más célebre, más hábil y más inmoral impostora del siglo!

Como dice Hodgson en su Memoria: Soy la vil 'espía Rusa' la conspiradora, la *autora* de los Mahatmas. Así sea. No es á *mí*, H. P. B., que poco tiempo ha de vivir sobre la tierra, á quien persigue el enemigo; insensato aquel que tal creyera: es á la Sociedad misma. La Verdad, aunque inhabilmente opuesta á la mentira, es la que quisiera el enemigo destruir.

»En cuanto á aquellos que piensan que yo me he propuesto engañarlos y burlarme de ellos, persiguiendo un fin cualquiera en este mundo, inventando á los Mahatmas y un sistema que durante estos diez últimos años sólo ha traído sobre mí penas y amarguras, la deshonra, el vilipendio y casi la muerte; que me redujo á la *miseria*, impidiéndome trabajar para mí misma, dedicándome, como pudiera haberlo hecho, á las labores literarias, lo que me hubiese traído honra y dinero, mucho dinero; ó apoyando á los Espiritistas, entre los que hubiese contado los defensores por *millones*, y que me hubiesen dado la fama y celebridad en vez de la *infa-*

mia en que vivo, según aquellos que juzgan por las apariencias; de los que dudan, repito, me lavo las manos.»

Wurzburg, Octubre 1886.

«No desespero. Estoy escribiendo *La Doctrina Secreta,* pero aquí no tengo libros, nadie que me ayude, y trabajo muy lentamente.»

»Usted desea que 'los que hablan mal de mí me respeten', mas no me cuido del respeto de aquellos á quienes desprecio con todo mi corazón. Este corazón ha llegado á adquirir la dureza de un callo. *Nada me importa,* salvo mi deber hacia los Maestros y la *Causa.* A ambos ofrezo cada gota de mi sangre, el último latido, la pulsación final de mi corazón, hecho pedazos y envenenado por la vil y traidora naturaleza del *hombre.*»

Londres, Enero 1888.

«Lo que me queda de vida ya no es mucho, y he aprendido la paciencia en estos tres últimos años. Mi salud ha mejorado, pero en general la he perdido para siempre. Sólo cuando me *siento y escribo,* me encuentro bien. Ni andar ni tenerme de pie puedo arriba de un minuto.»

Londres, Julio 1888.

«Sí, tiene usted razón. Accidentada y maravillosa ha sido mi vida, pero las maravillas y accidentes que en ella se cuentan, no son todas debidas al hecho de hallarme en relación con los grandes hombres á quienes, en la India, principiaron á llamar Mahatmas. Los Maestros que yo *conozco* no son los Yogis que se encuentran en la India, que fijan su residencia en la espesura de los bosques, donde viven durante siglos en compañía de los árboles, cuyas ramas crecen entre sus piernas y brazos, no se sostienen por espacio de varios años sobre una pierna, no se entregan al *Tapas,* ni tampoco contienen el aliento. Son simplemente adeptos en la Ciencia Esotérica y el Ocultismo; adeptos cuyos *Cuarteles generales* se hallan situados en cierta región del Tibet, y cuyos miembros están esparcidos por el mundo entero. Estos hombres eminentes, gloriosos, más sabios que ningunos otros sobre la tierra; santos completos algunos de ellos, otros no tanto: éstos son los hombres que yo conozco, con los que he aprendido lo que sé, con quienes he vivido y á quienes he jurado servir

por siempre jamás hasta mi último suspiro, y á quienes sirvo fielmente, si no siempre sabiamente y *que existen*.

»Ahora bien; no se trata aquí de si cualquiera cree ó deja de creer en Ellos; esto no es la cuestión. Puede que Ellos mismos hayan hecho todo cuanto estaba en su poder para que las gentes desconfiaran de Su existencia, ya que desde el año 1879 hasta el año 1884, ha degenerado la creencia en adoración y fetiquismo.

»Jamás pretendí ser su representante; sólo dije que yo era *su servidora y fiel esclava, sí, hasta la muerte y el fin.*

»Concluyamos. Usted no me conoce, ni me ha conocido nunca tal cual realmente soy; algún día quizá aprenderá usted á conocer mejor.»

Londres, Noviembre 1889.

«No es el presente siglo propicio á la exposición de *hechos* llevada á cabo sin discernimiento, y he sufrido mucho, personalmente, á causa de lo que sobre mí atrajeron las necias publicaciones de mis fenómenos.

»Cuando, casi moribunda, abandoné la India, los misioneros apreciaron el hecho como un gran triunfo para ellos; también lo interpretó así la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, con sus escándalos y payasadas. Pero marchándome pude escribir *La Doctrina Secreta, La Clave de la Teosofía, La Voz del Silencio*, y preparar dos tomos más de la *La Doctrina Secreta*, cosa que jamás hubiese podido hacer en la turbulenta atmósfera psíquica de la India; ni tampoco existiría hoy día en Inglaterra una Sociedad capaz de rivalizar con la India en cuanto al número é inteligencia.»

En otra carta escrita en Abril de 1890, no dirigida á mí, sino destinada á los miembros indios, que después no se publicó por determinados motivos, y de la que se me permitió sacar una copia, escribe como sigue (1):

«Uno de los principales factores en el renacimiento de Aryavarta, que ha sido parte de la obra de la Sociedad Teosófica, fué el ideal de los Maestros. Pero debido á la falta de juicio, de discreción y discernimiento, y á los abusos á que se vieron expuestos sus nombres y personalidades, grandes errores surgieron respecto á Ellos. Por solemnísimo juramento me había comprometido á no revelar jamás á persona alguna la verdad

(1) Sólo damos aquí unos cuantos extractos relacionados con el asunto.

entera, salvo á aquellos que como Damodar hubiesen sido definitivamente elegidos y llamados por Ellos. Lo único que se me permitía revelar entonces, era que semejantes grandes hombres existían en alguna parte; que algunos de ellos eran Hindos, que eran sabios cual ningunos otros en toda la antigua sabiduría de la Gupta Vidya, y habían adquirido todos los Siddhis, no según los representan la tradición y los velados escritos antiguos, sino tales cuales son de hecho y en la Naturaleza, y también que yo era Chela de uno de Ellos. En la imaginación de algunos Hindos pronto nacieron, sin embargo, las más fantásticas y ridículas ideas respecto á los Maestros. Eran considerados como Mahatmas, y aun hoy día algunos amigos demasiado entusiastas con las ideas extrañas que se forjan, rebajan á los Maestros; nuestros adversarios, al describir un Mahatma como un Jivan-Mukta completamente desarrollado, objetaban que como tal no podía comunicar con las personas que viven en el mundo. Sostenían asimismo que como nos hallamos en el Kali-Yuga, era imposible que pudiese existir Mahatma alguno en nuestra época.

* * *

»El hecho mismo de haber resistido la Sociedad á los efectos de la conspiración tramada por los Patterson, Coulomb y Hodgson, debiera de haber sido prueba suficiente de que no se encontraba aquélla abandonada á sí misma. Vacilantes en sus creencias, decían los pusilánimes: Si son los maestros verdaderos Mahatmas; ¿por qué consintieron semejantes cosas, ó por qué no emplearon sus poderes en destruir esa trama ó conspiración, y aun á tal ó cual hombre ó mujer?

»Innumerables veces se ha dicho, sin embargo, que ningún adepto perteneciente al sendero de la derecha, intentará jamás intervenir en los justos efectos del Karma. Ni siquiera los más elevados y poderosos Yoguis pueden desviar la marcha del Karma ó suspender los naturales resultados de los actos por más de un breve período de tiempo, y aun en este caso, aquellos resultados aparecerán más tarde con centuplicada fuerza, porque tal es la ley oculta del Karma y de los Nidanas. Hemos de alcanzar nuestro Moksha ó Nirvana merced á nuestro propio mérito, y no con el auxilio de algún Deva ó Guru dispuesto á ocultar nuestros errores. No hay mérito alguno en haber sido creado Deva inmaculado ó en ser un Dios; pero la bienaventuranza eterna del Moksha espera á aquel que se convierte en un Dios y en la Deidad misma por sus esfuerzos personales. Al Karma, y

no á Maestro alguno, corresponde la misión de castigar al culpable. Mas aquellos que siguen sus enseñanzas y viven la vida, de la que son los Maestros los mejores ejemplos, no se verán abandonados por Ellos, y contarán con su auxilio siempre que lo necesiten, sea manifestándose de este modo visible ó invisible. Estas palabras se dirigen, por supuesto, á aquellos que no hán perdido aún la fe en los Maestros; los que nunca creyeron en Ellos son muy dueños de conservar sus propias opiniones. Ellos quizá, y nadie más, tocarán las consecuencias.

»El hecho es el siguiente: En la posición en que me hallo, los términos medios son peores que ninguno. O han de creer enteramente en mí las gentes, ó no creer, pero esto honradamente; pero si no creen en mí, es del todo inútil que soliciten mi auxilio. Aquí en Europa y en América, muchos son los que nunca han desertado de la causa de la Teosofía. En consecuencia, la difusión de la Teosofía y de la Sociedad Teosófica en Occidente durante los tres últimos años, ha sido extraordinaria. La razón principal de ello es que, animada por el celo de un número de miembros siempre creciente, por su lealtad á la causa y á aquellos que la inspiran, me fué posible crear una Sección Esotérica, en la que puedo enseñar algo de lo que he aprendido, á aquellos que confían en mí, y que demuestran esa confianza con su trabajo desinteresado en favor de la Teosofía y de la Sociedad Teosófica. Me propongo, por lo tanto, dedicar en adelante mi vida y energía á la Sección Esotérica y á la enseñanza de las doctrinas representadas por aquellos cuya confianza poseo. Inútil sería perder el poco tiempo que de vida me queda, en justificarme ante aquellos que no abrigan la seguridad de la existencia real de los Maestros, sólo porque no comprendiéndome, les conviene sospechar de mí.

»Los términos *medios,* repito, ya no son posibles. Una de dos: he manifestado la verdad tal como la conozco acerca de los Maestros, y enseño lo que de Ellos he aprendido, ó bien he inventado tanto los Maestros como la Filosofía Esotérica.

»Una convicción que se desvanece cuando una personalidad determinada no está presente, no es convicción alguna. Sepa usted, además, que *sólo* á la Sección Esotérica puedo ofrecer nuevas pruebas y enseñanzas, y esto por la razón siguiente: Son sus miembros los únicos á quienes tengo derecho de expulsar, por deslealtad manifiesta y quebrantamiento de promesa (hecha no á mí, H. P. B., sino á su yo Superior y al aspecto Mahátmico de los Maestros), privilegio que no puedo ejercer respecto á

los miembros de la Sociedad Teosófica en general, único medio, sin embargo, de cortar la rama podrida de un árbol sano, salvando así á éste de la infección. Sólo puedo cuidarme de aquellos en quienes ni la calumnia, ni la burla, ni la sospecha ó la crítica, vengan de donde vinieren, consiguen hacer mella.»

»Téngase entendido, por lo tanto, que sólo á aquellos que creen en los Maestros y están dispuestos á trabajar por la Teosofía, según su leal saber y entender, y por la Sociedad Teosófica sobre la base en que fué establecida en su origen por los Maestros, está dedicado el resto de mi vida. Siendo así, si mis hermanos Hindos desean real y sinceramente la regeneración de la India, si aspiran á volver á aquellos días en que los Maestros, durante las épocas de gloria de la antigua India, vivían libremente entre ellos, dirigiendo y enseñando al pueblo, que desechen entonces todo temor y vacilación y vuelvan otra hoja en la historia del movimiento teosófico. Agrúpense valientemente en derredor del Presidente, esté yo ó no en la India, así como en derredor de aquellos verdaderos teosofistas que han permanecido siempre leales, desafiando todas las calumnias y á todos los ambiciosos descontentos, tanto fuera como dentro de la Sociedad Teosófica.»

Estos extractos, sacados de cartas que abarcan un período de más de doce años (algunos de los cuales constituyen la época más dolorosa y difícil de su existencia), demuestran la lealtad y respeto jamás desmentidos de H. P. B. hacia aquellos sabios orientales que parecen haber influído en su vida desde sus más tiernos años, y bajo cuyo mandato y dirección general creó y condujo la Sociedad Teosófica. Erróneos fueron algunos de los métodos empleados por ella, ya que dieron lugar á la duda y á la desconfianza, mas tenía que cumplir una importantísima é inapreciable misión en el mundo, misión á ella confiada por aquellos que, como hermanos mayores de la humanidad (habiendo pasado por una serie de gloriosas existencias de desarrollo espiritual), creyeron conveniente impulsar á la humanidad del siglo actual en el arco ascendente de la evolución, satisfaciéndose ellos mismos con la verdad del conocimiento y de la existencia espirituales. Demasiado cerca de nosotros están los tiempos en que vivió H. P. B., y quizá no podamos emitir un juicio exacto sobre ella, pero no dejará la posteridad de hacerla justicia y de apreciar en todo lo que se merece la obra tan grande y tan ardua que supo llevar á cabo.

N. D. K.

LA RELIGIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA CIENTÍFICO [1]

SEÑORAS, SEÑORES:

El solo título de mi discurso basta para indicaros que voy á tratar de la religión considerada como una ciencia.

Si comparamos los términos ciencia y religión, tal y como son interpretados hoy día en Occidente, no será difícil comprobar que ambos expresan el profundo antagonismo que separa, en el pensamiento occidental, las dos grandes manifestaciones de la humana inteligencia.

Efectivamente, el mundo científico considera al hombre religioso como un ser digno de lástima. Así era, por lo menos, el común sentir hace algunos años; y el hombre positivista, por su parte, ve hoy tan sólo en la religión un enemigo del progreso según él mismo le concibe. La lucha entre el elemento religioso y el elemento científico, se ha perpetuado lo mismo en Europa que en América.

No obstante, desde tiempo inmemorial háse tenido á la religión como una ciencia, tanto en la India como entre los cristianos y las primitivas religiones. Y al expresarme de este modo, entiendo por religión la obediencia á la ley universal, esto es, la disciplina metódica y ordenada de nuestra vida y costumbres, de nuestra actividad, puestas en armonía con las operaciones de la naturaleza.

Y por ciencia, el conocimiento positivo de los hechos propios de la naturaleza física, así como también los de la naturaleza hiperfísica.

Si de este modo consideramos á la religión y á la ciencia, forzoso nos será admitir al punto que ambas descansan sobre una base de común inteligencia.

La religión debe estar apoyada por la ciencia; y la ciencia sin la religión, nada más es que una escueta y fría enumeración de la naturaleza.

Para estar en armonía con el todo precisa conocer los hechos, confor-

(1) Conferencia dada en París el 8 de Junio de 1898, por el Brahmacharin Chatterjï, en la sala de los Maturinos. (*Lotus Bleu* del 27 de Diciembre de 1898.)

me existen en el panorama que se desarrolla á nuestro alrededor. Necesario es conocer todas las leyes que rigen al Cosmos y prestarlas obediencia.

La religión y la ciencia nos conducen al mentado conocimiento de la armonía. Son ellas el aspecto dual de una sola y misma cosa, y la discordia entre ambas implica el estado morboso, anárquico de todo el organismo.

Las leyes de la naturaleza hiperfísica no tienen asidero para las inteligencias poco desarrolladas. Corto es el número de aquellas personas que pueden reconocer en la naturaleza los hechos y las leyes que exceden el alcance de nuestros sentidos.

Necesario es para la masa que acepte la existencia de tales hechos y leyes conforme al testimonio de los libros santos y de los Maestros; porque para el hombre insuficientemente desarrollado, es de todo punto inútil la razón y fundamento de afirmaciones que rebasan los límites de su inteligencia.

¿Cómo podría el común de los hombres concebir la verdad y abarcarlo todo? Su intelecto rechaza tan ímproba labor; empero cuando su espíritu está mas desarrollado, llega la sazón de darle los fundamentos intelectuales indispensables para sus creencias.

Así, pues, los hombres que por sí mismos son incapaces de reconocer las leyes de la naturaleza hiperfísica, deben orientar su vida mediante la aceptación de las leyes que la rigen; leyes que, primeramente, suministran la fe, después la razón, hasta el día en que, hallándose lo bastante desarrollados, puedan comprobar por sí mismos la verdad transcendente.

Adelanta el hombre, paso á paso, desde la fe á la razón, desde la razón á la ciencia positiva, y todo este conjunto viene á constituir la religión.

Estos tres elementos contribuyen á formar la norma de su vida y de su actividad, siendo los tres necesarios.

El sabio que tan solo quiere ver un aspecto de la cuestión y rehusa admitir que el hombre religioso percibe cosas que rebasan los límites de su ciencia, limita el campo de su actividad, y únicamente posee nociones incompletas.

Toda religión, toda concepción estrecha, exige de suyo una fe ciega, y el sabio cuya mente es limitada se imagina que nada existe más allá de sus percepciones físicas. Todo cuanto elude el testimonio de sus sentidos, debe ser, según él, rigurosamente puesto á un lado. Semejante principio

es la causa eficiente de tantas divisiones como alejan una de otra á la religión y á la ciencia.

El hombre, cuyo espíritu está equilibrado por un desarrollo racional de sus facultades, conoce el sitio que ocupan en el Cosmos todas las cosas, busca la utilidad de cada una de ellas, y se abstiene de caer en apreciaciones exageradas.

Si llegamos á percibir con toda claridad estas tres etapas del humano espíritu — la fe, la razón, la ciencia positiva — fácil nos será ver cómo la religión es susceptible de ser tratada como una ciencia.

La religión es el arte de conducirse como es debido en la vida física, en la vida moral y en la vida mental.

Mas para que el hombre pueda conducirse en la vida con arreglo á la ley, y con entero conocimiento de causa, necesario es que por sí mismo llegue al descubrimiento de esa ley. Pero antes de alcanzar semejante grado evolutivo, debe aceptar, en primer término, cuanto de la ley por la fe le sea otorgado, solicitar después los auxilios de la razón y elevarse paulatinamente, gracias á ella, hasta el mismo conocimiento positivo.

Fué esto admitido en la India desde tiempo inmemorial, y fué allí en toda sazón reconocida la más completa libertad del pensamiento. En efecto, nada existe entre nosotros semejante á lo que entendéis aquí por ortodoxia, esto es, la creencia á ciegas en el dogma, creencia que pone el mayor empeño en obligar todas las mentes, cualquiera que sea el grado de su adelanto, á creer sin previo examen.

La ortodoxia, como artículo de fe, es desconocida en mi país. Tiénese como ortodoxo aquel que rige su vida con arreglo á las leyes morales establecidas por los grandes sabios.

Con todo, entre los Brahmanes ortodoxos, clase la más elevada entre los indos, hallaréis todas las manifestaciones del humano pensamiento.

Oiréis proclamar á unos, que el más grande entre los sabios, es aquel que se ha dado cuenta y razón de todo. Que la única realidad existente en el mundo es Dios ó Brahma, y que esta divinidad se manifiesta bajo múltiples formas que son Dios.

Otros, aceptando la filosofía Sankhya, os dirán que es una verdadera locura afirmar la existencia de un Dios considerado bajo el aspecto de creador y regente, y que no existe prueba alguna de su existencia.

El panteísta, sabedor de que toda cosa es la manifestación de Dios, y el ateo que niega su existencia, son igualmente ortodoxos, si rigen sus

vidas conforme á la ley moral de los grandes sabios; y entre ambas categorías extremas, hallaréis todos los grados y todas las formas del pensamiento. Tiene cada cual el más perfecto derecho á creer que lo que piensa es la verdad; porque si al espíritu humano se le priva de buscar su camino propio, nunca le será posible llegar al logro del conocimiento directo y positivo.

Esta libertad del pensamiento, tal y como existe en la India, ha sido comprobada por los eruditos dedicados al estudio de la literatura de aquel país. Un profesor inglés, conocido por cuantos se han ocupado en las producciones literarias de la India, M. William Person, y que ha estudiado muy particularmente la filosofía Sankhya, tributa especialísimo homenaje á su espíritu de tolerancia.

* * *

La religión es una ciencia susceptible de verificación. Las verdades transcendentales pueden ser comprobadas de igual modo que los hechos de la naturaleza física.

No será, por cierto, merced á vuestra fe, como llegareis á la consecución de la verdad, dice el filósofo indo, sino más bien por medio de vuestras obras y de vuestra conciencia. Aquello que sepáis y aquello que ejecutéis, constituye vuestra finalidad, y no aquello que sea de vuestra creencia ó sea por vosotros aceptado.

La creencia tiene su utilidad y su lugar propio, pero no lo constituye todo. La verdadera salvación se alcanza por términos de conocimiento.

Esa fué también la enseñanza del Cristo, el gran Maestro nacido en la tierra judaica. «Conoced la Verdad», decía, y para conocer la verdad precisa que el hombre sea libre.

Parangonad esa afirmación del Maestro con el modo de ser actual de la cristiandad, sometida á la fe ciega, y veréis hasta qué punto implica la violación de las enseñanzas de aquél cuyas doctrinas pretende seguir.

Reconocido que hayáis el hecho de que el conocimiento, para ser floreciente y desarrollarse en el alma humana, exige la más libérrima facultad de pensar, veréis al punto desaparecer toda idea dogmática.

Tal hubo de ser el espíritu de la India en el pasado, y así es también el espíritu de la Sociedad Teosófica en el presente.

A nadie exige que acepte tal ó cual dogma ó creencia, porque entiende que la libertad de pensar es por modo esencial necesaria al progreso intelectual y moral del hombre.

La Teosofía es el verbo de los grandes sabios que florecieron en el país donde tuve la dicha de nacer, y de ninguna otra manera puede conducirse como no sea profesando la más amplia tolerancia para toda clase de opiniones, dado que la Teosofía es la ciencia de la religión, y únicamente son asequibles para nosotros las partes de tal ciencia puestas hoy al alcance de nuestro entendimiento.

Aquellos puntos, todavía incomprensibles para nosotros, se irán paulatinamente revelando á nuestra inteligencia, á medida que nuestro ser espiritual, desarrollándose, adquiera más dilatadas percepciones, merced al santo laboreo de su purificación. La Teosofía es una ciencia susceptible de ser comprobada. Se conoce en la India con el nombre de *Brahma Vidya*, término equivalente á la palabra griega Teosofía, de más reciente abolengo. Cuantos se han dedicado á la literatura de aquel país, han topado reiteradas veces con esa voz.

Brahma, la divinidad; Brahma, el gran Ser, hizo manifiesta y proclamó esa ciencia de todas las ciencias, la ciencia divina.

Esta ciencia se ha transmitido de generación en generación desde los orígenes del mundo. En época ninguna fué olvidada, y la tradición, como si fuese una cadena, muestra la no interrumpida serie de sus eslabones.

La Brahma Vidya enseña, primeramente, la ciencia divina, bajo una forma teórica, á los que pueden comenzar á percibir la verdad con el auxilio de su propia razón; porque para aquellos que todavía no han logrado este nivel evolutivo, es aún indispensable la religión como mandamiento, la fe sin comentarios. Tal es la religión exotérica, destinada á todo individuo que no sepa pensar por sí mismo.

Esta doctrina fué profesada por el Cristo. En cierta ocasión le preguntó un hombre qué es lo que debía hacer para salvarse: «Idos y observad los mandamientos, contestóle el Cristo. Repuso á esto el hombre: es que siempre los tuve en observancia. Entonces, toma tu cruz y sígueme.»

Quiso enseñar con ello, que existen dos grados en la religión. El del mandato, instituído para quienes la razón no ha despertado todavía, y el del conocimiento, al que debe llegar toda persona lo bastante desarrollada para lograrle por sí misma.

Tenemos en la India los mismos grados.

En modo alguno la sabiduría es patrimonio del hombre situado en las más inferiores capas sociales; de aquel que busca la felicidad en los goces temporales, en los placeres de los sentidos; del que aspira á un cielo po-

blado de cosas terrenas, en donde espera hallar la satisfacción de sus deseos; semejante hombre está todavía en la infancia, y no puede elevarse hasta las enseñanzas de la sabiduría.

La filosofía inda ha dividido bruscamente á la humanidad en dos clases: los sabios y los locos.

Procurándose estos últimos los goces de los sentidos, únicamente son accesibles á las exterioridades. Las ceremonias del culto, todo aquello que impresiona y llega hasta el alma por medio de signos é imágenes sensibles, constituye su patrimonio. Hállanse todavía en el grado de la obediencia pasiva, y como los niños, deben estar bajo el imperio del mandato.

No les corresponde, por cierto, el estudio de la ciencia transcendente.

Aquellos, empero, que han llegado á sacudir la tutela de las formas ritualísticas, reconociendo que la verdad se halla lejos de toda forma, que es una tan solo bajo el vario disfraz de las religiones, hombres tales, son por todo concepto dignos de ser progresivamente iniciados en la más elevada sabiduría.

Si quiere, pues, el estudiante descubrir la verdad tras de los velos que la encubren, debe comenzar por dejar á un lado todas las formas transitorias que reviste, y desarrollar en sí mismo tanto las cualidades morales como la voluntad, y luego que esté así preparado para recibirla, désele, primero, la enseñanza teórica de la ciencia transcendente, procediendo de modo igual al que se sigue, por ejemplo, para enseñar la química á un estudiante; se le enseña, en primer término, la teoría de la composición y descomposición de los cuerpos y la razón de los diversos fenómenos químicos; después, al objeto de que pueda convertirse en un maestro de esa ciencia, le hacéis pasar de la teoría á la práctica, poniéndole en condiciones de verificar, por medio de su propia experiencia, las leyes y los principios que hubisteis de enseñarle.

Asimismo, el estudiante de religión debe llegar personalmente á comprobar las verdades adquiridas por su inteligencia.

Para lograr este fin, cultivar debe el estudio de todos los objetos de la naturaleza, conseguir el dominio de su cuerpo físico, purificar su naturaleza pasional, transformar las potencias todas de su mente en una sola y única potencia, difundiendo por la humanidad todo el amor contenido en su alma; porque el amor y la abnegación constituyen la esencia misma de la vida espiritual. Sujetándose á estas condiciones, se convertirá el estu-

diante en un instrumento perfecto, siéndole posible descifrar las leyes del mundo hiperfísico.

Cuando uno quiere estudiar una ciencia, cualquiera que sea ésta, química, física, astronomía, etc., vese en la precisión de utilizar instrumentos y aparatos especiales, que sirven para completar y dar confirmación á las imperfectas nociones suministradas por los sentidos.

El que estudia la ciencia física, construye los instrumentss necesarios con el auxilio de los materiales que toma del plano físico; pero el que se dedica al estudio de la ciencia hiperfísica, sólo puede hallar en sí mismo los instrumentos y el laboratorio que necesita.

Los instrumentos que utiliza la física, pueden únicamente comprobar hechos de orden físico; pero son en absoluto impotentes para registrar hechos hiperfísicos.

Con todo, está en lo posible dar con instrumentos capaces de traducir los hechos hiperfísicos: los mediums y los sujetos en estado sonambúlico ó hipnótico, constituyen dichos instrumentos. Esos mediums, como tales sujetos, dotados están de organismos especiales, susceptibles de ser influídos por fuerzas más sutiles que las físicas.

Por su medio, podréis reconocer indirectamente el modo como actúan las fuerzas hiperfísicas, pero no os será dado alcanzar el conocimiento directo de tales fuerzas.

Presenciáis, por ejemplo, un fenómeno de materialización: el efecto comprobado es de orden físico. Y decís vosotros: este efecto es producido por una causa suprafísica; mas como no disponéis de la percepción directa de semejante causa, os halláis, en realidad, totalmente ignorantes del mundo hiperfísico.

Demos por supuesto que obtengáis en una sesión espiritista, la gráfica de uno de vuestros amigos que sabéis difunto. Ante la vista está su escrito, y conforme á la semejanza de los caracteres, venís en concluir que es de puño y letra de vuestro amigo, puesto en relación con el medium.

Sin embargo, puede el medium suministrar una muestra de tal escritura, sin que vuestro amigo haya tenido en ello arte ni parte.

Yo, por ejemplo, conocedor de las leyes que rigen el mundo hiperfísico, puedo influenciar al medium, sin que ni él ni vos os deis cuenta del hecho, de forma que la comunicación que se obtenga por mediación mía, os parezca realmente un mensaje de vuestro difunto amigo.

Tal conjunto de fenómenos de ningún modo constituye prueba abso-

luta, dado que las diversas causas capaces de producirlos están fuera de vuestro alcance.

Para obtener el conocimiento directo, necesario es poder verificar por sí mismo los fenómenos del mundo hiperfísico, de igual modo que el sabio comprueba los fenómenos del mundo físico, y esto no puede realizarse como no sea desarrollando nuestras facultades internas, que constituyen nuestros medios de investigación, desarrollo que exige la más improba labor y una constancia á toda prueba.

Entonces, los hechos del mundo hiperfísico vienen á ser para nosotros fenómenos sensibles; no estamos ya bajo la tutela de simples teorías emitidas por otros; antes bien lo estamos bajo la de nuestro propio conocimiento de las leyes que rigen al mundo visible y los invisibles mundos. Así es como la religión tórnase asunto de conocimiento en lo referente á la dirección de nuestra vida.

Voy á presentaros un ejemplo con el fin de aclarar más este punto.

Utilicemos para ello una de las grandes verdades religiosas: la idea fundamental de la supervivencia del alma.

Acéptase esta verdad sin discusión por aquellos hombres de bajo nivel intelectual, á quienes únicamente sirve de guía el mandato. Los que especulan, los que reflexionan después de haber examinado un gran número de hechos, llegan á la conclusión de que, más allá de la muerte, debe existir otra vida; pero, á pesar de esto, toda la trama de sus razonamientos sólo puede admitir la urdimbre de las probabilidades. Viene después aquel grado que permite al hombre verificar personalmente esas probabilidades, comprobando por modo directo la supervivencia.

No está en mis posibles presentar, en la totalidad de sus aspectos, el asunto que nos ocupa, ó sea tal y conforme se expone en la India; cumple, sin embargo, á mi deseo, daros acerca de él algunas indicaciones.

El alma existe. He aquí lo que precisa demostrar cuando ninguna prueba tenéis de su existencia.

Deducido habéis de vuestro razonamiento que semejante existencia tiene á su favor todas las probabilidades, viéndose además confirmada esta conclusión por cierto número de testimonios. Réstaos, ahora, tan sólo comprobar directamente la existencia del alma.

¿De qué modo llegaréis á realizar vuestro deseo? ¿Será quizá asistiendo á una sesión de fenomenalismo espiritista, ó bien siguiendo paso á

paso las diferentes fases de la hipnosis? No saldréis con ello todavía del férreo círculo de las probabilidades.

Tales fenómenos son producto de causas mal definidas, y en cambio supondréis vosotros que se deben á la intervención de almas desencarnadas.

Algo hay, por cierto, tras de esos fenómenos; pero ese *algo* no puede ser por nosotros percibido,, y por consiguiente, comprobado de una manera directa, á menos que antes os haya sido dado ensanchar los ordinarios límites de vuestra conciencia.

Para que podáis arbitrar una explicación de esto, necesario es que os suministre algunas indicaciones tocante á la conciencia.

La conciencia no es más que el modo como responde nuestra sensibilidad á las incitaciones externas.

La causa de los objetos existe fuera de nosotros, pero llegamos á percibirlos en virtud de las modificaciones que nos hacen experimentar sus modos vibratorios.

Percibimos un objeto si respondemos á sus vibraciones, pero si las vibraciones que emite son demasiado sutiles para impresionar nuestros sentidos, no tendremos conciencia de tal objeto, que para nosotros no existirá.

Estamos capacitados para una multitud de vibraciones; hay, en cambio, un sinnúmero que burlan nuestros alcances. Merced á la educación de nuestra facultad consciente, podemos dilatar, completándole, el campo de nuestras percepciones.

He aquí un ejemplo tomado de la vida corriente.

Supongamos dos personas, poseedora una de la correspondiente educación musical, desprovista de ella la otra. Asistamos con ambas á un concierto. La primera, cuyo oído fué cultivado, percibibirá mayor número de notas y matices que la segunda. Y si esta última tuviese la pretensión de afirmar que no existían tales ó cuales vibraciones, por el mero hecho de no distinguirlas, cierta sería tal afirmación para ella, y falsa de toda falsedad para la otra.

Si por medio de la educación podemos aumentar el alcance de nuestros sentidos físicos, así también, merced á una bien entendida enseñanza, nos será dado el logro de responder gradualmente à vibraciones de orden más elevado que el de las vibraciones físicas.

Podemos, por ejemplo, hacernos sensibles á vibraciones más sutiles

que las del eter. Y aun cuando el eter representa en el más elevado de sus estados el límite del plano físico, á nadie será lícito decir que mas allá del eter no existen vibraciones. Podrá decirse: lo ignoramos; pero la negación absoluta no es más que un signo indubitable de la falsedad del razonamiento y lo crasísimo de la ignorancia.

Os dirán los que saben: que por encima del estado etéreo existen vibraciones, y que semejantes vibraciones penetran el eter de igual modo que éste penetra el mundo físico.

Esas sutiles vibraciones hacen manifiesto el reino de la mentalidad y de la inteligencia, comprendiendo asimismo, en su esfera, lo emotivo y lo pasional. El reino de la mente en la naturaleza está dividido y subdividido.

La totalidad de esas gradaciones de la escala puede ser percibida por el hombre cuando responde, como es debido, á las vibraciones del reino mental. Tórnase en aquella sazón consciente de la naturaleza hiperfísica, y entra en contacto, primero, con aquello que denominamos lo astral, y después con planos más y más elevados.

No tenemos, con todo, necesidad de llegar al grado de mayor elevación en el universo, para convencernos de que el alma existe con independencia de su vestidura corporal.

Cuando el hombre es capaz de responder á las vibraciones que se producen más allá del eter, ve por sí mismo las entidades que abandonaron su cuerpo, y aunque esto no constituye más que el principio de su desarrollo espiritual, tórnase el alma para él una realidad absoluta, no siendo ya una simple creencia.

Para que el hombre consiga ensanchar los límites de su conciencia, seguir debe dos sendas paralelas. Conduce la una á dilatar sus percepciones, y la otra á hacer más intensa la valía de su espíritu. (1)

Para llegar á percibir una nota sutil, necesita nuestro ser de la más absoluta calma.

No debemos confundir dicho estado con el reposo ó la soledad, que son á modo de sueño para el alma, puesto que, por el contrario, en dicho caso debemos condensar nuestra conciencia y concentrar nuestra atención.

Semejante estado se genera en nuestra alma, cuando ésta logra acallar sus pasiones y sus emociones.

(1) Su energía mental. (*N. del T.*)

Para obtener esa calma, es preciso que aprendamos á trabajar poniendo á un lado todo interés personal.

En tanto que penseis en el yo (1), vuestro espíritu será presa de la agitación. Os precisa llegar á destruir el pensamiento del *yo*, para que logréis en verdad la evolución de vuestras facultades superiores.

Consagráos, pues, á trabajar por la humanidad, por Dios, si es que preferís esa palabra, trabajad para el Maestro, como diríamos nosotros.

Cuando aprendemos á ejercitar todas las partes de nuestra naturaleza, y trabajamos, no para el *yo* sino para la universalidad, entonces por una parte se acrecientan nuestras percepciones, y adquirimos, por otra, la paz del corazón y la serenidad del espíritu.

Entonces, cuando ambos elementos se han combinado lo suficiente, se hace posible la meditación.

Entónces, merced á la calma, gracias á lo agudo de nuestra atención, el alma, en cierto modo, viértese por entero en nuestros oídos llegando de esta guisa hasta nosotros las vibraciones sutiles de las regiones transcendentales. Nuestro ser en calma las percibe y á ellas responde, llegando á ser consciente para muchas cosas que antes se hallaban fuera de alcance para su atención.

Así es como llegamos al conocimiento de las verdades religiosas, como tales hecho científicos, y bueno es que sepáis que todas las verdades religiosas pueden ser percibidas por el estudiante sincero.

Este puede saber de un modo positivo que existió sobre la tierra, no tan sólo una vez sino muchas veces; puede llamar á sí el recuerdo de sus pasadas existencias, engarzar puede en el mismo collar las perlas todas de sus vidas sucesivas engranadas en los mundos, y de esta suerte, unificarse en diferentes personalidades.

Luego, adelantando un paso, descubre que todas las razas, todos los pueblos, todos los seres que constituyen la humanidad, no son más que los multiplicados aspectos de la Suprema Inteligencia. Reconoce de este modo la fraternidad de cuanto existe, no ya tan sólo como un mero impulso de su alma ó soñada fantasía de la mente, sino como un hecho positivo en la naturaleza.

Identifícase la conciencia, paso á paso, con lo universal, y llega el hombre á un punto en donde su conciencia individual se desvanece, caen

(1) Inferior ó personal. (*N. del T.*)

las barreras que separado le tenían de su Dios, y tórnase un Maestro como el Cristo, como Buddha.

Al igual de ellos, identificado se há con todos, y la creencia religiosa, que afirma hallarse Dios en el corazón de los hombres, deja de ser para él una mera hipótesis, convirtiéndose en una poderosa realidad.

Se ha unificado cón su padre y con sus hermanos, y de esta suerte totaliza el ciclo de la humana evolución, llegando á ser un Maestro perfecto.

La religión y la ciencia se han convertido para él en una sola y misma cosa: el conocimiento.

El hombre mismo viene á ser entonces la Ley, es decir, todos sus actos, todos sus pensamientos se han identificado con Dios, con la Ley Universal, convertido como lo está ya en su fórmula viviente; y por medio de esa evolución humana termina para siempre la lucha secular entre la religión y la ciencia.

Para acelerar, pues, el término de esa inmensa equivocación, que mantiene divida á la universalidad de los pensadores, hizo su aparición en el mundo la Sociedad Teosófica.

En sí mismo, el movimiento teosófico es de toda antigüedad, porque la Teosofía procede del mismo Dios. Es ella la salvación de la Humanidad; corriente vital de aguas cuya fuente se halla en los órganos mismos del Universo, y en cuyas ondas purísimas apagaron su sed constantemente los hombres.

La Sociedad Teosófica es tan solo una de las manifestaciones de aquella vida espiritual que siempre hubo de infundirse en la humanidad. Vino en su sazón y tiempo para satisfacer las exigencias sociales, como el Cristo, ese gran Maestro vino en el suyo para difundir por el orbe la luz de la verdad.

Pero la sombría Edad Media, ahogando el conocimiento y las enseñanzas del Cristo, se extravió, reinando en la sociedad la ignorancia como dueña y señora. Vino después la protesta airada del espíritu contra una religión tan dogmática como estrecha. Creció el escepticismo, el materialismo llegó á la negación de todo, y las revoluciones desquiciaron el mundo.

No obstante, como para disponer la senda que debía seguir el humano espíritu en su despertar, difundióse por todas partes el conocimiento de la literatura inda; sabios como William Person, filósofos como Schopen hauer y otros muchos, estudiaron y propagaron la filosofía oriental.

Comenzaba á allanarse el camino, cuando hizo su irrupción el movimiento espiritualista, que hubo de llamar forzosamente la atención de los sabios y ganar á veces su convicción.

Paso á paso, poco á poco, fué llevada la humanidad á un grado en el cual estuvo presta á recibir la enseñanza de los maestros.

Los fenómenos de movimiento, no pudiendo ya satisfacer el espíritu del pensador, hízose notable la falta de *algo* más que las ciencias materiales.

Faltaba una ciencia divina, la de la religión, y para cumplir esta exigencia de la humanidad se creó la Sociedad Teosófica, sirviendo ésta de intermediario para con los Maestros, consagrados de nuevo á sembrar en las almas los fecundos gérmenes del conocimiento.

Gracias os doy, señoras y señores, por haberos dignado escucharme esta tarde, con todas las benevolencias de vuestra atención.

Si me ha sido dado—como modesto representante que soy de esa raza, de esa nación que cultivó en el transcurso de innúmeras edades, la ciencia transcendente — si he podido con mi óbolo contribuir á labor tan grande, llegando hasta vosotros con el verbo de las más elevadas enseñanzas religiosas; si he tenido la dicha de lograr, como quiera que sea, que penetre en vuestra alma alguna luz acerca de un asunto por todo extremo sublime, no me atribuyáis un mérito que no me corresponde, atribuídselo á aquellos de quienes soy tan sólo el más humilde de los intérpretes.

Y si en cuanto os he dicho habéis podido notar — como no dudo — numerosas deficiencias, abrigo, sin embargo, la esperanza de que me otorgaréis vuestro perdón, así como también que os será dado llegar á descubrir, pese á la suficiencia de mis explicaciones, la verdad que se oculta tras de los pálidos conceptos que tuve la dicha de exponer ante vosotros.

J. C. CHATTERJI

Trad. libremente por J. PLANA Y DORCA (M. S. T.)

Barcelona, Marzo, 1899.

LA EVOLUCIÓN

SEGÚN EL

LINGA PURÂNA

(*Traducción del Departamento Oriental*).

Sûta, el narrador de los Purânas, se dirigió así á su auditorio:

«Este principio es A-linga, es decir, sin ningún signo ni atributo. Es la raíz de Linga ó Prakriti, el universo manifestado. Se le denomina Shiva, Pradhâna, Prakriti y Avyakta (1); tales son los nombres de Linga. Este Shiva está más allá del sonido, del tacto, de la forma, del gusto, del olor y del color. Es Nir-guna, es decir, sin ninguna cualidad, inmutable é imperecedero. Se le denomina Alinga, y cuando reviste sus atributos es Linga en su forma ó aspecto físico. Los Lingas de este Ser supremo toman treinta y seis formas, á causa de Mâyâ. Son Mahat-tattva. Ahamkâra (2), sonido, gusto, forma, olor, tacto, cinco órganos de acción, cinco órganos de percepción, cinco elementos, el mental, Avyakta, Dhyâta ó el contemplador y Dhyeya, ó lo que es contemplado.

De allí han sido producidos los tres dioses. El uno de ellos crea el universo, el segundo le conserva y el último lo destruye. Shiva está en cada punto del universo, y por consiguiente, el Kosmos mismo es un aspecto de Para-brahman. Brahma, Vishnu y Rudra, producidos por esta divinidad, son llamados, respectivamente, el Universo, el Sabio y el Brillante. Rudra es la simiente y causa de este universo. En los Purânas, este Rudra, á causa de su naturaleza eterna y Búddhica (Buddhi-Svabhâva), es denominada Paramâtmâ ó el Turiya, Brahmâ, Muni, Shiva, etc... Por la voluntad de Shiva, Prakriti llega á ser Uyakta ó manifestada y el Cosmos entonces evoluciona, desde el Mahattattva hasta los elementos. Esta Mâyâ es llamada Ajâ ó increada y el rojo, el blanco y el negro son sus co-

---

(1) Pra-dhâna es el germen originador ó primordial, de donde derivan todas las substancias y apariencias *materiales*. *Pra* contiene la idea de «prioridad» original; y *dhâna* es «un receptáculo, un tesoro.» Pra-kriti es una palabra sinónima; *kriti* contiene la idea de «hacer,» de «componer.» De aquí que precedida de *Pra* sea la Naturaleza original. A-vyakta, no manifestado. Vyakta viene de Vy-anj; *anj* significaba primeramente «ungir,» es decir, ornar, embellecer, manifestar. El griego χοσμέω de donde viene Kosmos, contiene exactamente la misma idea de «ornar». Avyakta es, pues, la substancia acósmica, no ornada, no manifestada.

(2) Mahat-tattva; de *mahat* «grande» y *tattva* «el estado de ser Esto (*tat*). Aham-kâra quiere significar la individualidad «yo-haciendo» lit.

lores (1). Es una aunque produce toda suerte de creaciones. El Ego personal la sirve con gusto, quedando bajo su influencia. Mas cuando este Ego ha adquirido la plena experiencia de Mâyâ, abandona á ésta. Esta Mâyâ, penetrada por el gran Señor (Parameshvara) produce el Kosmos entero. Cuando llega el momento de la evolución por la voluntad del Señor supremo, Pradhâna con las tres Gunas produce Mahat-tattva.

«Bajo la acción de la voluntad del Señor y con la ayuda de Atmâ, este Mahat-tattva, entrando en lo no manifestado, produce al universo manifestado. De este Mahat-tattva fueron producidos el Ahamkâra sâttvico y el Ahamkâra râjásico.

«Del exceso del Ahamkâra Râjásico, fué producido el Ahamkâra Tâmásico. De Mahat-tattva fueron asimismo producidos los elementos primarios (Tan-mâtra) como el sonido, el tacto, etc... De Ahamkâra fué producido el elemento del sonido y de éste el Akâsha. El Akâsha llena el sonido, y es, en su consecuencia, considerado como su causa. Akâsha produce el elemento primario del tacto, y de este fué producido Vayu ó él aire. De Vayu nació el elemento primario de la forma y de éste Agni ó el fuego. De Agni fué producido el Rasa-tanmâtra ó elemento del gusto y de éste el agua; del agua el elemento del olor, y de éste fue producida la tierra. Akâsha no integra más que al tacto; el aire nada más que á la forma; el fuego, al gusto; y el agua, el olor. Hay cinco cualidades en la tierra, cuatro en el agua, tres en el fuego, dos en el aire y una en el Akâsha. De esta manera podemos deducir la evolución correspondiente de los Tanmâtras y de los cinco grandes elementos. «El progreso de la creación Sâttvica, Râjasica y Tâmasica es simultánea. Cinco órganos de acción y cinco órganos de percepción fueron creados, á fin de que el Ego pueda conocer la forma, el tacto, etc... El mental posee á la vez los atributos de la acción y de la percepción. Mahat-tattva y los otros produjeron este huevo del universo como una burbuja de agua. Brahma, Vishnu y Shiva y el cosmos todo evolucionaron en el interior. El huevo está rodeado por todos lados por Akâsha y éste por Ahamkâra; Ahamkâra por Mahat-tattva y éste por Pradhâna. Brahmâ es el alma del huevo. Hay millones de Brahmandas ó sistemas como éste teniendo cada uno su Brahma, su Vishnu y su Shiva distintos. De modo parecido la causa de estas creaciones y de las creaciones menores es el gran Señor. Bajo su aspecto Rajo Guna crea, bajo el de Sattva Guna conserva, y bajo el de Tamo Gona destruye el universo. Así este Uno se convierte en Tres, y por consiguiente, este Uno es en sí mismo Brahmâ, Vishnu y Rudra.»

P. B. M.
SUBBULPORE.

(De *Le Lotus Bleu*, Octubre 1892.)

(1) Corresponden probablemente á los tres Gunas: Rajas, Sattva y Tamas.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.